



BRAD  
MELTZER

LA  
ESCAPISTA

EL MAESTRO DEL SUSPENSE, N.º 1 EN EE.UU.



m̄r

BRAD MELTZER

# LA ESCAPISTA

Traducción de Mariana Hernández Cruz

**m̄r**

Título original: *The Escape Artist*

© 2018 Forty-four Steps, Inc. Brad Meltzer  
© por la traducción, Mariana Hernández Cruz, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado de acuerdo con  
Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición: mayo de 2019  
ISBN: 978-84-270-4594-1  
Depósito legal: B. 8.951-2019  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotapapel  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Base de la Fuerza Aérea de Dover, Delaware*

Jim «Zig» Zigarowski conocía el dolor que estaba a punto de experimentar. Pero eso no lo detuvo. Era bueno soportando el dolor; estaba acostumbrado. Sin embargo, sabía que esa vez le escocería. Desde el día que Zig había llegado a ese edificio remoto en la parte trasera de la Base de la Fuerza Aérea de Dover, cada caso era desgarrador. En especial, éste. De ahí el dolor.

—Pensaba que Lou estaba de guardia hoy —dijo el doctor Womack, un hombre hispano, bajo, con barba rala y una holgada bata blanca.

—Hemos cambiado el turno —respondió Zig, empujando la camilla un poco más rápido por el pasillo con la esperanza de dejar atrás a Womack—. Lou tenía una cita.

—¿De verdad? Acabo de verla en la cena. Sola.

Zig se detuvo. Ése era el momento en que todo podía irse al garete. Sabía que no debería estar allí. No debería haber cogido esa camilla o lo que iba oculto debajo de la sábana azul cielo que la cubría. ¿Womack iba a detenerlo? Sólo si se daba cuenta de lo que estaba haciendo.

—Ah. Entonces he debido de entenderlo mal —repuso, y le mostró la misma sonrisa encantadora que había hecho tan interesantes los primeros años posteriores a su divorcio.

Con sus ojos verde musgo, una cicatriz en la mandíbula y el

cabello canoso con un corte a lo Cary Grant, Zig no parecía tener cincuenta y dos años. Sin embargo, cuando pasó su tarjeta de identificación y la puerta doble de metal se abrió para que entrara en el corazón de la instalación militar, se sintió de su edad.

Había un letrero por encima de la puerta:

PELIGRO  
FORMALDEHÍDO IRRITANTE  
RIESGO POTENCIAL DE CÁNCER

Womack hizo una pausa y luego se retiró. Zig sonrió, aceleró el paso y empujó con fuerza la camilla cubierta con la sábana azul cielo que ocultaba el cadáver que había debajo. Entre las piernas de éste, asegurando que la sábana no se deslizara, había una cubeta plateada de medio kilo. «La cubeta de las tripas», la llamaban, porque después de la autopsia contenía todos los órganos internos. Como Zig les decía a los nuevos cadetes: no importa lo gordo, delgado, alto o bajo que seas; los órganos de cada uno de nosotros caben en una cubeta de medio kilo. Por lo general, para Zig era reconfortante saber que todos teníamos eso en común. Aunque en ese instante no le proporcionaba el consuelo que necesitaba.

Las luces automáticas parpadearon e iluminaron la sala médica. La puerta doble se cerró detrás de él con un siseo neumático. Durante más de una década, Zig había pasado los días trabajando en esa habitación quirúrgica de alta tecnología que servía como morgue para los casos más confidenciales y de alto perfil del gobierno de Estados Unidos. Tras el 11-S, las víctimas del ataque al Pentágono fueron llevadas allí; también las del ataque al *USS Cole*, los astronautas de la nave espacial *Columbia* y los restos de más de cincuenta mil soldados y agentes de la CIA que lucharon en Vietnam, Afganistán, Iraq y todas las ubicaciones secretas que hubo en medio. Allí, en Delaware, de entre to-

dos los lugares, en la Base de la Fuerza Aérea de Dover, estaba la morgue más importante de Estados Unidos.

«Sé rápido», se dijo, aunque en lo que se refería a preparar a los héroes caídos para su entierro, Zig nunca era rápido. No hasta que terminaba su trabajo.

Se colocó bien la bata de color azul y sintió que el dolor se acercaba todavía más. Volvió a leer el nombre garabateado en un pedazo de cinta adhesiva en la cabecera de la camilla:

#### SARGENTO PRIMERO NOLA BROWN

—Bienvenida a casa, Nola —murmuró.

El cadáver se balanceó ligeramente cuando aseguró las ruedas de la camilla.

A veces, en Dover, alguno de los soldados muertos que llegaban tenía su misma fecha de nacimiento o incluso su mismo nombre. El año anterior, un joven marine con el apellido Zigarowski murió por inhalación de humo en una base de Kosovo. Naturalmente, Zig se hizo cargo del caso.

En el caso de Nola, que se llamaba así en referencia a Nueva Orleans, Luisiana, era diferente.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿no? —le preguntó al cuerpo cubierto.

Inclinando la cabeza, dijo una rápida plegaria, la misma que decía en todos los casos: «Por favor, dame fuerza para cuidar de los caídos, de manera que su familia pueda empezar a sanar». Zig sabía muy bien lo mucho que las familias dolientes necesitaban esa fuerza.

A su izquierda, sobre un carrito metálico con ruedas, estaban sus herramientas ordenadas por tamaño, desde el fórceps más grande hasta el bisturí más pequeño. Zig alcanzó los cubreojos de plástico azul, que parecían lentes de contacto con púas. Por lo general, no era un hombre supersticioso, pero sí lo era con los ojos de los muertos, que nunca se cerraban tan fácil-

mente como nos hacían creer en las películas. Cuando se observaba un cadáver, éste te devolvía la mirada. Los cubreojos eran el truco de los tanatopractores para mantener cerrados los ojos de un cliente.

¿Cómo podría haber permitido que otro empleado de la morgue se ocupara de ese caso? Nola Brown no era una extraña. Él conocía a esa niña, aunque ya no lo era tanto. Tenía veintiséis años. Se daba cuenta incluso por la silueta que percibía bajo la sábana: fuerte y con la complexión de un soldado. La conocía de Pensilvania, de cuando tenía doce años. Era amiga y compañera del grupo de niñas exploradoras de su hija Maggie.

«*Magpie*. Mi Estrellita», pensó reviviendo aquellos días antes de que todo su mundo se desmoronara. Allí estaba, el dolor que hacía que sus huesos parecieran huecos, fáciles de romper.

¿Zig conocía bien a Nola? Recordaba aquella noche en el campamento de las exploradoras. Él era monitor y Nola la nueva. Adoptada. Naturalmente, las demás se aprovechaban de eso. Sin embargo, había algo más. Algunas niñas son calladas, pero Nola era silenciosa. La Silenciosa Nola. Algunas de las otras pensaban que eso la hacía dura. No obstante, Zig sabía que había algo más. A veces la gente se vuelve silenciosa a golpes.

Cuando mirabas a Nola, sus ojos negros con destellos dorados rogaban que apartaras la vista. Se lo habían advertido a Zig: la Silenciosa Nola había pasado ya por cuatro escuelas. «La expulsaron de las otras tres por pelearse —dijo una niña—. Le sacó a alguien los dientes de delante con un termo de acero inoxidable.» Otra de las amigas de Magpie dijo que también la habían sorprendido robando, aunque desde los juicios de las brujas de Salem no se podía confiar en los grupos de niñas de doce años.

—Te dieron un buen golpe esa noche, ¿no? —le preguntó Zig al cadáver de Nola mientras cogía un iPod anticuado que estaba sobre un altavoz cercano.

Con unos cuantos clics, empezó a sonar *Bat Out of Hell* de

Meat Loaf por el altavoz barato. Incluso los trabajadores de la morgue necesitaban música para trabajar.

—Siempre estaré en deuda contigo por lo que hiciste aquella noche —suspiró.

Después de tantos años, Zig aún no sabía quién había tirado una lata de refresco de naranja a la hoguera o durante cuánto tiempo estuvo allí. Todavía podía ver el humo de la fogata con el rabillo del ojo. Por un momento, hubo un silbido agudo, como el de una tetera. Después, de la nada, un estallido fuerte como un petardo. Pedazos de aluminio salieron volando en todas direcciones. La mayor parte de las niñas gritaron y después se rieron.

El instinto de Maggie fue quedarse inmóvil. El instinto de la Silenciosa Nola fue saltar hacia un lado. Cayó sobre Maggie, que estaba de pie, paralizada de miedo, mientras fragmentos de metal volaban en dirección a su rostro como si fueran cuchillas.

Con el impacto, Maggie cayó al suelo, perfectamente a salvo. A media caída, la Silenciosa Nola dejó escapar un aullido, un chillido, como un perro herido, y después se sujetó un costado de la cabeza; había sangre por todas partes.

La lata de metal le había rebanado un pedazo de oreja. El humo seguía dispersándose todavía en todas direcciones. Aún hoy, Zig no sabía si Nola lo había hecho a propósito, si había derribado a su hija para protegerla o si sólo había sido una cuestión de suerte, el resultado afortunado de su instinto de huida. La única certeza que tenía era que, sin ella, su hija habría recibido el impacto de la bomba de metal en la cara. Todos estaban de acuerdo: aquella noche, Nola había salvado a la hija de Zig.

Antes de que alguien pudiera reaccionar, él había cogido a Nola en brazos y la había llevado al servicio de urgencias más cercano. Maggie se sentó junto a ella en el asiento trasero, dándole las gracias por lo que había hecho y también observando a su padre de una manera completamente nueva. Durante esos breves momentos, de camino al hospital, Nola y Zig —por haberla recogido del suelo— eran héroes.



—¡Gracias! —no dejaba de repetirle su hija a Nola—. Gracias por lo que... ¿Estás bien?

Ella no respondió en ningún momento. Se quedó sentada con las rodillas pegadas al pecho y la mirada baja mientras se sujetaba la oreja. Sin duda, sentía dolor. El impacto le había arrancado la parte superior de la misma. Le corrían lágrimas por la cara, pero no profirió ningún sonido. La Silenciosa Nola había aprendido a soportar el dolor en silencio.

En el hospital, mientras el médico se preparaba para coserla, una enfermera le dijo a Nola que le agarrara la mano a Zig. Ella negó con la cabeza.

Tres horas y cuarenta puntos después, el padre adoptivo de Nola entró hecho una furia en urgencias, apestando a bourbon y a caramelos de menta para disimular el olor. Las primeras palabras que salieron de su boca fueron: «¡Más vale que las exploradoras paguen la factura!».

Cuando Nola salió del hospital esa noche, con la cabeza gacha y arrastrando los pies, siguiendo sumisamente a su padre, Zig deseaba decir algo. Quería darle las gracias a esa niña, pero, más que eso, quería ayudarla. Nunca lo hizo.

Naturalmente, él y Maggie llevaron una enorme cesta como regalo a casa de Nola. Su padre adoptivo abrió la puerta, cogió la cesta de manos de la pequeña y gruñó un agradecimiento. Posteriormente, Zig llamó varias veces por teléfono a su casa para ver cómo estaba Nola. Una noche incluso se detuvo a preguntar por ella. Nunca obtuvo respuesta. Sin inmutarse por ello, Zig la propuso para uno de los más altos reconocimientos de las exploradoras. Nola no asistió a la ceremonia.

Un año después, Zig tuvo la peor noche de su vida, que acabó con su matrimonio, con su vida, y, lo más importante de todo, se llevó a su hija, a su Maggie. Nola la había salvado aquella noche en el campamento, pero a Maggie sólo le quedaron otros once meses de vida. Zig se culparía eternamente de ello.

Aunque él no lo sabía en ese momento, Nola ya se había

cambiado a su quinta escuela. No volvió a verla. Hasta esa noche.

—No te preocupes, estás en buenas manos —le prometió mientras apartaba la sábana quirúrgica con una mano y colocaba los cubreojos con la otra—. Y gracias otra vez por lo que hiciste.

Había quienes decían que trabajaban en la morgue de Dover porque veían a sus propios hijos en las vidas de esos soldados muertos. Zig no estaba de acuerdo con esa clase de afirmaciones sensibleras. Él hacía su trabajo por una razón: era bueno en ello. Era el don que Dios le había dado. Veía cada cadáver como un enigma y, sin importar cuán malas fueran las heridas, podía recomponer cada cuerpo para que la familia pudiera despedirse de un modo adecuado. Lo hacía un día tras otro, con un soldado tras otro, más de dos mil en ese momento, y ninguno había hecho que volviera a pensar en esos días funestos con su propia hija. Hasta esa noche, cuando vio a la mujer que la había salvado.

Mientras retiraba la sábana hasta el cuello de Nola y le acomodaba los protectores de los ojos para cerrárselos, sintió que algo le oprimía la garganta. Era el dolor que había estado temiendo. Incluso cuando uno estaba preparado, el dolor te cogía siempre de improviso.

Nola tenía la cabeza de lado; la mejilla izquierda estaba chamuscada a causa del accidente aéreo que la había matado. Caída número 2.356.

—Te doy mi palabra, Nola. En un momento haremos que tengas un aspecto estupendo —le dijo Zig tratando de mantener la voz firme mientras calculaba cuánto maquillaje iba a necesitar.

No debería haberse ocupado de ese caso. Debería pedirle en ese instante a alguno de sus compañeros de la morgue que lo reemplazara, pero no iba a hacerlo.

Desde que había visto el nombre de Nola en el tablón ofi-

cial de Dover, no había podido dejar de pensar en aquella noche en el campamento... No podía dejar de ver a Nola cayendo sobre la pequeña Maggie, apartándola del camino... No podía dejar de ver el humo que volaba hacia todas partes o la oreja izquierda mutilada de Nola... Y no podía dejar de pensar en la mirada de su hija cuando lo había visto como un héroe. Hoy, él sabía que Maggie estaba equivocada, incluso en aquel entonces. No era un héroe. Ni siquiera era una buena persona. Sin embargo, joder, estaba bien volver a ser padre, o por lo menos desempeñar el papel de padre otra vez, la última...

«Maldita sea.»

Zig miró la oreja izquierda de Nola; estaba chamuscada, pero por lo demás perfecta. No le faltaba ni un pedazo. «¿Cómo es posible...?» Volvió a mirar. La oreja completa estaba allí. No había siquiera una mínima cicatriz. Se acercó más para estar seguro. ¿Podía ser que lo recordara mal? Tal vez fuera la otra oreja.

Suavemente, volvió la cabeza de Nola y sintió su piel fría como un vaso de agua con hielo. En el lado derecho de su rostro, la piel estaba perfecta, no estaba quemada. Según el informe del accidente, su avión militar había chocado justo después del despegue, fuera de Copper Center, Alaska, en el borde del parque nacional. Murieron las siete personas que iban a bordo, incluido el piloto. Nola fue considerada la más afortunada, pues salió despedida del avión, o tal vez saltó, teniendo en cuenta las fracturas que tenía en las piernas. «Definitivamente saltó», pensó Zig, recordando el instinto de la chica en el campamento. Como había aterrizado en la nieve, con el lado derecho de la cara sobre la nevada reciente, el hielo había protegido ese costado de las terribles quemaduras que había sufrido todo el cuerpo cuando el avión se incendió.

—Así es, justo así —murmuró mientras rotaba la cabeza de Nola para ver bien la...

«Espera...»

La otra oreja también estaba perfecta. Dos orejas intactas. Sin que les faltara nada, sin cicatrices. No tenía sentido.

Volvió a mirar el rostro de Nola, sus ojos cerrados. No la había visto desde que tenía doce años. «¿Tenía la nariz así de chata? ¿Es posible que se reconstruyera la oreja?» Desde luego. No obstante, como Zig sabía de primera mano, era difícil reconstruir orejas, y por muy bueno que fuera el cirujano que lo hiciera, siempre quedaba una ligera cicatriz.

Se desplazó hasta el pie de la mesa para volver a revisar el código de barras que Nola tenía alrededor del tobillo y lo cotejó con los de la camilla. La morgue de Dover se consideraba una de las misiones a prueba de errores del ejército. La parte más importante de su trabajo era asegurarse de que un cuerpo nunca se confundía con otro. Cuando llegaban soldados caídos a Dover, no se les asignaban a los tanatopractores como Zig hasta que su identidad era revisada por triplicado: mediante ADN, registros dentales y, después, huellas digitales.

«Huellas digitales.»

Zig sacó las manos de Nola de debajo de la sábana quirúrgica. Ambas estaban calcinadas. Por lo general, con unas quemaduras tan terribles no se podían obtener huellas digitales; sin embargo, eso no significaba que no hubiera ninguna.

Salió rápidamente al pasillo que conducía a la cocina de la sala de descanso, cogió una olla de un armario, la llenó de agua y la puso sobre el fogón. Mientras esperaba a que el agua hirviera, sacó su teléfono y marcó uno de los pocos números que se sabía de memoria. Prefijo 202. Washington, D.C.

—¿Qué quieres? —respondió una voz femenina.

—Gracias, Waggs. Me alegro de oír tu vo...

—No me adules. Escúpelo. Quieres algo.

—Sólo lo mismo que siempre he querido: una amistad sincera... Más restaurantes dos en uno, como combinar un Dunkin' Donuts con un Baskin Robbins... Oh, y que se acaben las perso-

nas que te piden que te quites los zapatos cuando entras en su casa. Tenemos que unirnos y luchar contra esa gente.

Prácticamente pudo *oír* que Waggs revolvió los ojos.

—Más te vale que se trate de una cuestión de trabajo —le advirtió ella.

Amy Waggs no era estúpida. Como directora de unidad del FBI, tomaba medidas biométricas de los terroristas de dispositivos explosivos y era especialista en las cosas que la gente dejaba atrás. Incluso ella misma había sido dejada atrás cuando su marido, después de doce años, decidió que era gay y le pidió permiso para salir con Andrew, su socio. Cuando ocurrió eso, Waggs no pudo contárselo a nadie del trabajo, salvo a Zig.

—Dime qué necesitas —dijo ella con desesperación.

—Ay, Dios. Eres una de esas personas que le pide a la gente que se quiten los zapatos, ¿verdad?

—Zig, si no es importante, eres lo único que se interpone en mi cita con un *reality show* sobre una familia de enanos. Dime qué pasa.

Sobre la cocina, volutas de vapor se elevaban de la olla de agua.

—Necesito que busques una huella dactilar.

—¿Tienes el Colmillo? —preguntó ella, refiriéndose a la mejor arma del FBI.

—Lo tendré dentro de un minuto —contestó Zig, dejando atrás el agua hirviendo y dirigiéndose al pasillo.

Era tarde, después de las siete, en una instalación militar. El edificio era como un pueblo fantasma.

Las cubiertas quirúrgicas para zapatos de Zig murmuraban por el pasillo mientras se dirigía a la puerta cerrada de la antigua oficina de Waggs: la Unidad de Huellas Dactilares Latentes, una sección del edificio exclusiva para empleados del FBI.

—¿Es para algo personal o Adrian te ha dado autorización? —inquirió Waggs.

—¿Tú qué crees?

—Zig, por favor, no me digas que estás a punto de irrumpir en nuestra oficina.

—No. Sólo voy a comprobar si la contraseña sigue siendo la misma. *Sip*. Ahí está. En serio, tienes que actualizar el código —dijo mientras la puerta se abría.

—Zig, no lo hagas. Sabes que no tienes permitido entrar ahí.

—Y nunca entro —dijo él, entrando.

Era una sala pequeña, incluso para los estándares de Dover: un escritorio sencillo, un ordenador personal, un armario para las pruebas y una herramienta más.

Del cajón superior del escritorio, Zig sacó un dispositivo negro que parecía un teléfono móvil fabricado con tecnología militar, es decir, si se caía no se iba a romper. Y él no tenía pensado tirarlo. El Colmillo costaba más que su salario de todo un año.

—¿Me estás escuchando?! —gritó Waggs a través del teléfono mientras Zig regresaba a la sala de descanso—. Si Adrian sabe que lo has cogido sin su permiso...

—Tengo permiso. Estoy hablando contigo, ¿no?

—No lo hagas. No es gracioso.

—No estoy tratando de serlo. Gracioso es cuando estoy pensando en restaurantes dos en uno.

—Zig, ¿cuánto hace que te conozco? Si estás haciendo bromas, en especial malas como ésta...

—Eh, espera, ¿has dicho «malas»?

—¿Tienes problemas? Dime qué está pasando.

Zig cogió la olla de agua hirviendo de la cocina y no respondió. Volvió junto al cadáver de Nola.

—¿El cuerpo por lo menos tiene buenas huellas digitales? —añadió Waggs.

—Desde luego —mintió él, pasando su tarjeta de identificación a la espera de que las puertas del laboratorio se abrieran, y una vez más se acercó a la camilla.

Desde lejos, incluso con la cubeta de las tripas entre las piernas, Nola casi parecía que estuviera dormida. Sin embargo, un

cuerpo muerto siempre yace de una manera diferente. Hay una permanencia que es inconfundible.

Junto a ella, Zig cogió su mano sin vida, raspó parte de la piel chamuscada de sus dedos y, después, le sostuvo la mano sobre la olla de agua hirviendo.

—Nola, perdóname por hacer esto —murmuró mientras sumergía la mano en el agua caliente. Debía hacer bien esa parte, no más de unos cuantos segundos.

Cuando las manos se quemaban mucho, la epidermis se volvía negra e ilegible. Sin embargo, como un bistec quemado, si se raspaba la parte chamuscada, quedaba una capa rosada por debajo. La capa dérmica. El único problema es que la superficie de la dermis es demasiado plana para proporcionar una huella digital adecuada. No obstante, como cualquier patólogo forense o tanatopractor sabía, si el dedo se sumergía en agua hirviendo durante unos segundos, los bordes se marcaban.

Así que, cuando Zig sacó la mano de Nola del agua hirviendo, los dedos índice y medio estaban gruesos e hinchados.

—Estoy encendiendo el Colmillo —informó mientras pulsaba unos cuantos botones. El dispositivo obtenía su nombre de dos láseres verdes que salían de su parte inferior. Alineó esos láseres con el dedo índice de Nola y apretó otro botón para activar el escáner—. ¿Correo del trabajo o de casa? —preguntó.

—¿Es un asunto oficial o no?

—Correo de casa —contestó Zig, y pulsó «Enviar».

A través del teléfono se oyó un ruido musical. La huella dactilar había llegado. A Waggs sólo le llevaría unos minutos comprobar la base de datos del FBI.

—¿Cuál es la historia de este soldado? ¿Por qué tienes un interés personal en él? —inquirió ella, que ya estaba tecleando en el ordenador.

—Es sólo un caso —dijo Zig—. De acuerdo con la identificación de aquí, es la sargento primero Nola Brown, mujer, veintiséis años.

—¿Y eso es todo lo que sabes de ella?

—¿Qué más podría saber? Es sólo un caso —insistió él con voz firme.

—Ziggy, te quiero, pero ¿tienes idea de por qué cuando llegan cuerpos tú eres el que hace todas las reconstrucciones faciales?

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas el loco. Si le disparan a un soldado en el pecho, se le asigna a cualquier tanatopractor. Pero si alguien llega con tres balas en la cara, ¿por qué siempre te toca ese cuerpo a ti?

—Porque sé esculpir, porque soy bueno con la arcilla.

—Es más que una habilidad. El año pasado, cuando un peardo del ISIS explotó frente a un marine, todos los empleados de la morgue dijeron que tendría que ser un ataúd cerrado, que había que envolverlo en gasa. Tú fuiste el único lo suficientemente necio como para pasarte catorce horas seguidas reconstruyendo su mandíbula destrozada con alambres y, después, alisándola con arcilla y maquillaje para que sus padres pudieran tener más tranquilidad de la que esperaban en el funeral de su hijo. Pero ¿sabes qué dice eso de ti?

—Que soy alguien orgulloso de servir a su país.

—Yo también amo a mi país. Estoy hablando de ti, Zig. Cuando tú aceptas esos horrores, manos perdidas, rostros perdidos, labios perdidos, y los haces más asimilables, ¿sabes en qué te conviertes? —Antes de que él pudiera responder, Waggs añadió abruptamente—: En un maestro de la mentira. Eso es lo que todos los tanatopractores venden, Zig. Mentiras. Tú lo haces por las razones correctas, estás tratando de ayudar a la gente para que supere los momentos más duros. Sin embargo, todos los días, para esconder esos horrores, tienes que ser un mentiroso de primera clase. Te estás volviendo demasiado bueno en ello.

Zig iba a decir algo, pero no se le ocurrió nada. Cerró los



ojos y le dio la espalda al cuerpo. Oyó un timbre a través del teléfono. Waggs tenía algo.

—Muy bien, he encontrado a Nola Brown. Veintiséis años —dijo ella—. La misma edad que Maggie, ¿no?

Con tan sólo la mención del nombre de su hija, Zig se volvió hacia el cuerpo tan rápidamente y con tan poco equilibrio que su codo golpeó la cubeta plateada que estaba llena de...

«¡No, no, no! ¡La cubeta de las tripas...!»

Se abalanzó hacia delante. La cubeta, con su estofado sangriento, empezó a ladearse.

Seguía tratando de alcanzarla, con el teléfono todavía en la mano, mientras comenzaba a gritar. La cubeta seguía inclinándose y su contenido se deslizaba por el borde.

¡Plaf!

Se oyó un chapoteo. Durante dos décadas, se había acostumbrado a la sangre que acompañaba a los muertos. Sin embargo, mientras veía el desastre que había organizado sobre el brillante suelo gris, algo llamó su atención.

—Ziggy, tenemos un problema —anunció Waggs al teléfono.

Él apenas la oyó, pues estaba concentrado en la masa gris que reconoció como el estómago. Había algo extraño en su interior. Tenía un bulto redondeado, como cuando una serpiente se traga una rata. Se inclinó más para asegurarse de que estaba en lo cierto. Sí, tenía razón, había algo dentro.

—Ziggy, ¿estás ahí? —preguntó ella mientras él conectaba el altavoz del teléfono y lo dejaba sobre la camilla.

Se acercó aún más. Lo que fuera que tuviera dentro no era redondo ni suave; tenía unos bordes puntiagudos que pinchaban las paredes interiores, como... como un pedazo de papel arrugado.

A Zig se le secó la boca. Ya había visto eso antes.

El 11-S, una de las víctimas del avión del Pentágono supo que el final se acercaba... y fue lo suficientemente listo para saber que, si alguna vez te encuentras en un accidente aéreo, la

mejor manera de dejar una nota para tus seres queridos es escribirla y tragarte el papel. Los líquidos de tu estómago y los intestinos pueden protegerlo, pues son las últimas partes de tu cuerpo que se quemarán. En aquella ocasión, Zig encontró la nota en el intestino de la víctima. Lo cortó con un escalpelo, después metió los dedos. Se había conservado perfectamente. Del caído número 227, un último adiós privado.

—¿...tás escuchando? ¡He encontrado las huellas digitales!  
—gritó Waggs.

Zig seguía sin responder. Cogió el bisturí de su mesa de trabajo, se colocó bien los guantes quirúrgicos, se arrodilló y cortó, haciendo el hueco lo suficientemente grande para...

Listo.

A continuación sacó el pedazo de papel arrugado. Estaba húmedo, era fácil que un forense lo hubiera pasado por alto, pero por lo demás intacto.

Lo fue abriendo lentamente con cuidado de no rasgarlo; pudo ver las finas líneas de lápiz gris... Letras frenéticas y temblorosas. El mensaje máximo en la botella máxima.

—Zig, ¿me oyes? Ya he pasado las huellas. El cuerpo que tienes ahí no sé de quién es, pero no es el de Nola Brown.

Él asintió para sí mientras la boca se le abría de asombro conforme leía y releía la nota manuscrita. Las palabras agónicas de la desconocida que yacía en la mesa frente a él:

*Nola, tenías razón.*

*Sigue huyendo.*